

**LIUDMILA PAVLICHENKO LA
FRANCOTIRADORA
DE STALIN**



CRÍTICA

LIUDMILA PAVLICHENKO

LA FRANCOOTIRADORA
DE STALIN

Traducción castellana de
Héctor Piquer Minguijón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2019

La francotiradora de Stalin
Liudmila Pavlichenko

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Lady Death. The memoirs of Stalin's sniper*

© Alla Begunova, 2015; Greenhill Books, 2018

© de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-077-2
Depósito legal: B. 1022 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Los muros de una fábrica

El verano de 1932 trajo consigo un cambio significativo en la vida de mi familia. Nos mudamos del remoto municipio de Boguslav, en el sur de la región de Kiev, a la capital de Ucrania, donde nos instalamos en un apartamento oficial adjudicado a mi padre, Mijaíl Ivánovich Belov. Como empleado del NKVD (por sus siglas Narodni Kommissariat Vnutrennij Del, en castellano Comisariado Popular de Asuntos Internos), lo habían destinado a las oficinas centrales de dicho organismo en reconocimiento al escrupuloso cumplimiento de sus obligaciones.

Mi padre era un hombre íntegro, estricto y entregado al servicio de su país. En su época de juventud empezó a trabajar de instalador en una gran fábrica, pasó un tiempo en el frente durante la primera guerra mundial, se unió al Partido Comunista —entonces llamado Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique)—, participó en los sucesos revolucionarios de Petrogrado y fue comisario regimental en la 24.^a División «de Hierro» de Samara-Simbirsk, en cuyas filas combatió contra la Guardia Blanca de Kolchak en la zona del Volga central y los Urales meridionales. En 1923, a la edad de 28 años, fue desmovilizado del Ejército Rojo. Sin embargo, mantuvo el apego por el uniforme militar hasta el fin de sus días y casi siempre lo vimos con la misma indumentaria: chaqueta de servicio de gabardina caqui con cuello vuelto y la Orden de la Bandera Roja en el pecho, pantalones azul oscuro abombados a la altura de los muslos, como las calzas de equitación, y unas botas de oficial de piel de becerro completaban el atuendo.

Naturalmente, papá siempre tenía la última palabra en las discusiones familiares, si es que alguna vez las hubo. Mi cariñosa madre, Elena Trofimovna Belova, graduada en el instituto femenino de enseñanza secundaria de la ciudad de Vladímir, sabía cómo ablandar el carácter severo de mi padre. Era una mujer atractiva, de figura esbelta, diríase que delicadamente esculpida. Tenía una exuberante melena de color castaño oscuro y unos ojos marrones que le iluminaban la cara. Dominaba varios idiomas y los enseñaba en la escuela. Sus alumnos la adoraban. Haciendo de las clases un juego, conseguía que sus pupilos memorizaran las palabras europeas, tan extrañas al oído ruso. Bajo su tutela, los niños no solo leían maravillosamente bien esos idiomas, sino que también los hablaban.

Con esta misma pasión se entregó mi madre a sus dos hijas: mi hermana mayor, Valentina, y yo. Gracias a ella nos iniciamos temprano en los clásicos de la literatura rusa: las obras completas de Pushkin, Lérmontov, Gógol, Lev Tolstói, Chéjov, Maksim Gorki y Kuprín llenaban la biblioteca de casa. Por su carácter amable y fantasioso, mi hermana se inclinaba más por la literatura y la ficción. A mí me atraía más la historia y, concretamente, los anales militares de nuestro gran país.

Antes de mudarnos a Boguslav vivimos varios años en la ciudad de Belaya Tserkov, en la región de Kiev. Allí estudié en la Escuela Número 3 y pasé una niñez y adolescencia libres de preocupaciones. En la calle de la Estación formamos una pandilla de amigos muy unida. Jugábamos a «cosacos y bandidos», chapoteábamos por el Ros —el río local— en canoas los veranos, vagábamos por el viejo y bellissimo Parque de Alejandría y robábamos fruta de los huertos del barrio en otoño. Me tocó ser la cabecilla de una banda de chicos adolescentes porque era la que mejor disparaba con tirachinas, corría más rápido que los demás, nadaba bien y no me asustaba meterme en peleas; era la primera en dar un puñetazo en la mejilla a cualquiera que se metiera con nosotros.

Las correrías de barrio acabaron cuando apenas cumplí quince años. Fue un cambio repentino, de la noche a la mañana. Mirando atrás, lo comparo con la conclusión de un mundo, una ceguera voluntaria, una pérdida de la razón. Así fue mi amor de colegiala, el prime-

ro. Su recuerdo me acompañará hasta el final de mis días en la forma del apellido de un hombre: Pavlichenko.¹

Por suerte, mi hijo Rostislav no se parece en nada a su padre. Es un ser amable y tranquilo, con el aire característico de la familia: ojos marrones, pelo oscuro y abundante, buena estatura y complexión fuerte. Es un Belov de los pies a la cabeza y sigue la tradición familiar de servicio al país. Slava se graduó con matrícula de honor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Moscú y en la Escuela Superior del KGB. Ostenta con honor su título de oficial soviético. Estoy orgullosa de él.

Nos adaptamos rápidamente a nuestro nuevo hogar en Kiev y nos acostumbramos al bullicio de la gran capital. No veíamos mucho a papá; le obligaban a trabajar hasta tarde. Por ello, las charlas serias con él acostumbraban a tener lugar en la cocina, después de cenar. Mi madre ponía el samovar encima de la mesa y, alrededor de una taza de té, hablábamos de cualquier tema con nuestros progenitores. Un día, la cuestión principal no tardó en aflorar.

—¿Qué tenéis pensado hacer, hijas mías? —preguntó papá mientras bebía el té caliente a sorbitos.

—Todavía no lo sabemos —respondió Valentina, la primera en hacerlo por veteranía.

—Deberíais pensar en un empleo —dijo papá.

—¿Qué clase de empleo? —preguntó sorprendida mi hermana.

—Uno bueno, en un buen puesto, con un buen salario.

—Pero, papá —interrumpí—, solamente he hecho siete años de escuela. Quiero seguir estudiando.

—Nunca es tarde para estudiar, Liudmila —dijo papá firmemente—, pero ya es hora de que empecéis a labraros una vida laboral y que lo hagáis con la información adecuada en el formulario de solicitud. Especialmente porque ya lo he arreglado y os están esperando.

—¿Dónde, si se puede saber? —preguntó mi hermana haciendo mohines desafiantes.

—En la fábrica Arsenal.

Desde el Parque de la Tumba de Askold se veía el amplio y tranquilo cauce del río Dniéper, que se extendía a mano derecha, y, a la izquierda, la recta y algo corta calle Arsenal [rebautizada como calle

de Moscú en 1942].* Al principio de la calle se erguía un edificio imponente. Eran los talleres Arsenal, construidos durante el reinado de Nicolás I. Dicen que el propio zar puso la primera piedra en sus cimientos. Los muros tenían dos metros de espesor y dos pisos de altura, y los ladrillos eran de color amarillo claro, motivo por el cual los lugareños empezaron a referirse al edificio como la «casa de los azulejos».

Pero ni los talleres ni la fábrica adyacente tenían nada que ver con delicados objetos de artesanía hechos de cerámica. Habían sido fundados por orden de la emperatriz Catalina la Grande y su construcción se había prolongado durante un largo período, de 1784 a 1803. Allí se fabricaron cañones, afustes para artillería, fusiles, bayonetas, sables, espadas y otras muchas piezas de uso militar.

Durante la época soviética, las instalaciones también se especializaron en la producción de artículos necesarios para la economía: arados, cerrojos, carretas de dos caballos y equipamiento para molinos y refinerías de azúcar. La plantilla de Arsenal trabajaba con el máximo compromiso y, en 1923, recibió una distinción del gobierno de Ucrania: la Orden de la Bandera Roja del Trabajo.

Aquel edificio fabril me atrajo desde la primera vez que lo vi. Guardaba un extraordinario parecido con una fortaleza. De formas rectilíneas (una planta de 168 por 135 metros), con un gran patio interior, una torre, muros exteriores redondeados y un nivel inferior adornado con revestimientos decorativos de madera, era como salido de un grabado de una antigua batalla. Solo le faltaba un foso delante de los muros, un puente levadizo que lo atravesara y unos portones pesados vigilados por guerreros ataviados con armaduras relucientes.

Después de pasar por algunas formalidades (como firmar una cláusula de secretos de Estado), a mi hermana y a mí nos reclutaron

* En el texto de la edición inglesa aparecen comentarios entre corchetes de la editora rusa de la versión original, Alla Igorevna Begunova, y del traductor al inglés (indicados también entre corchetes pero iniciados por las siglas NT), que hemos mantenido y traducido al castellano. El resto de notas, recogidas en un capítulo aparte, son de Alla Begunova, John Walter, Martin Pegler y David Foreman. (*N. del e.*)

para servir en esta «fortaleza». A Valentina, de supervisora, porque ya había cumplido los dieciocho y tenía el graduado escolar, y, a mí, de trabajadora común debido a mi juventud (apenas tenía dieciséis años) y falta de aptitudes profesionales. Tardé medio año en adaptarme al ritmo de vida de la fábrica y en trabar amistad con otros trabajadores. Fui aceptada en la Liga Comunista Juvenil. En mayo de 1934 me trasladaron al taller de torneros, donde pasé un mes de formación, al cabo del cual me gané el derecho a trabajar sola, y pronto obtuve la calificación de tornera de sexto grado.

Fue una época interesante. La fábrica Arsenal se transformó ante nuestros ojos. Se introdujeron nuevos tornos de fabricación soviética, se instalaron mejores equipos, entraron en vigor nuevas capacidades productivas y las viejas instalaciones fueron renovadas. Al ver los esfuerzos que hacían las autoridades para que la industria creciera, la gente de la fábrica respondía con más esfuerzo todavía. Por lo demás, los precios pagados por nuestros productos también subieron notablemente y los torneros de nuestro taller trabajaban a destajo.

No me podía quejar. Tenía un torno para perfilar tornillos con una caja de engranajes DIP300 hecha en la Fábrica del Proletariado Rojo de Moscú en 1933. DIP eran las iniciales de las palabras rusas «*Dogonim i Peregonim*» («llegaremos y tomaremos la delantera»). El torno estaba diseñado para trabajar con superficies cilíndricas, cónicas y complejas, tanto interiores como exteriores.

Me acuerdo de casi todo como si fuera ayer; montones de palancas para cualquier tipo de engranaje. Con un golpe de cortadora rebajaba espesores metálicos de entre 0,5 y 3 milímetros (o más). Elegía la velocidad de corte según la dureza del material y la durabilidad del instrumento de trabajo. Generalmente utilizábamos herramientas de acero rico en carbono, aunque también las había con discos soldados de aleaciones ultraduras de tungsteno y titanio. Las virutas de color violeta azulado oscuro rizándose por la acción del cincel todavía son para mí un espectáculo increíblemente bello. Por duro que sea un material, siempre cede ante la fortaleza humana. Simplemente hay que idear el instrumental adecuado.

Aparte de unirnos por el trabajo, la fábrica también ofrecía a sus trabajadores la oportunidad de pasar el tiempo libre de manera sensa-

ta. Es cierto que el club social no destacaba por una decoración alegre y profusa; más bien era pequeño e incómodo. Pero sus instalaciones permitían desarrollar las actividades de varios círculos: un grupo de teatro formado por obreros, un taller de arte —donde se enseñaba dibujo, moda y costura (muy útil para mujeres)— y clubes de vuelo sin motor y de tiro. El salón de actos era el foro habitual de unas veladas festivas especiales donde, bajo el lema «Tres generaciones unidas», se homenajeara a los veteranos de la Revolución y la Guerra Civil, así como a aquellos trabajadores jóvenes que aumentaban un 50% sus cuotas de producción.

Al principio, mi mejor amiga y yo —ella me convenció— optamos por el club de vuelo sin motor. Como en los periódicos se hablaba mucho de aviación y de las proezas de los pilotos, asistíamos entusiasmadas a las clases teóricas y tomábamos apuntes atentamente durante las charlas que ofrecía un atractivo teniente de las fuerzas aéreas sobre la potencia de elevación de las alas de un aeroplano. Sin embargo, mi primer vuelo con un instructor acabó enfriando ese entusiasmo. Cuando vi que la pista de hierba del aeródromo, después de precipitarse a toda prisa por debajo de nosotros, desapareció de repente, la cabeza me dio vueltas y sentí náuseas. «Definitivamente, el aire no es mi elemento—pensé—. Soy un ser de tierra y debo pisar sobre suelo firme.»

Fiódor Kushenko, el instructor del club de tiro de la fábrica, trabajaba en nuestro taller y siempre animaba a los jóvenes a acudir al campo de tiro. Hacía poco que había servido de urgencia en el Ejército Rojo y se había aficionado al tiro al blanco. Nos aseguró que había algo fascinante en la trayectoria de una bala y en la manera de impactar en la diana.

Fiódor, que era un tipo agradable y encantador, intentó convencerme de que me uniera al club con argumentos igualmente atractivos. Sin embargo, la reciente experiencia con el aerodeslizador me había mermado la fe en mis propias capacidades, a pesar de que, cuando eres joven —y es inútil actuar de otro modo—, estas parezcan ilimitadas. Aparte de esto, la cháchara de Kushenko era la típica de un mujeriego. Mi escasa, pero dura, experiencia personal siempre me ha llevado a no bajar la guardia en presencia del sexo contrario.

Un día, en una reunión de la Liga Comunista Juvenil, me harté de escuchar las historias de Kushenko y le respondí con sarcasmo. A los presentes les gustó mi burla y rieron a carcajadas. En ese momento, el organizador de la Liga estaba leyendo un informe bastante aburrido sobre cómo los miembros de la sección ucraniana trabajaban para cumplir con la planificación trimestral. El organizador creyó que las risas iban dirigidas a él y, por lo que fuera, se enfadó mucho. Entonces se desató una refriega verbal entre él y otros miembros de la Liga, durante la cual se emplearon epítetos algo subidos de tono y comparaciones insólitas. Al final, el organizador nos expulsó a Kushenko y a mí de la sala como instigadores del alboroto.

Asombrados por semejante destierro, ambos nos dirigimos a la salida. La jornada laboral había acabado y nuestros pasos resonaban en las paredes del pasillo desierto. De repente, Fiódor dijo:

—Creo que tenemos que relajarnos.

—Tienes razón —asentí.

—Vamos al campo de tiro a disparar un poco.

—¿Crees que eso ayudará?

—Por supuesto. El tiro es un deporte para gente tranquila. Pero también requiere otras aptitudes innatas.

—¿Y qué otras aptitudes son esas? —No pude evitar la pregunta mordaz.

—Cosas más prosaicas, como un buen ojo o un tiento preciso con el arma —respondió mientras hacía tintinar un manojito de llaves en el bolsillo de su chaqueta de cuero.

El campo de tiro estaba en una especie de depósito fabril adyacente al edificio principal. Todo indicaba que en su día se había utilizado como espacio de almacenamiento, ya que era una construcción alargada y de poca altura, con barrotes en las ventanas, situadas justo debajo del tejado. Desde el elevado nivel de conocimiento que dispongo en la actualidad, puedo decir que el campo de tiro de la fábrica Arsenal de mediados de la década de 1930 cumplía todos los requisitos necesarios. Disponía de una sala con escritorios, sillas y una pizarra para las clases teóricas, una pequeña armería con alacenas provistas de cerrojos para guardar fusiles y pistolas, una caja de seguridad para la munición y una zona de tiro apta para disparar desde la posi-

ción sentada, con la rodilla en tierra, de pie o cuerpo a tierra (sobre esterillas). A 25 metros de la línea de tiro había unos parapetos de madera sobre los que se fijaban las dianas.

Fiódor abrió uno de los armarios y sacó un fusil bastante nuevo, no muy largo, de poco más de un metro (111 centímetros, para ser exactos), pero con una culata de abedul enorme y un cañón ancho. Este ejemplar de la fábrica de armas Tula se hizo famoso en la URSS con el nombre comercial TOZ-8. Se produjo entre 1932 y 1946 y, junto con su versión modificada TOZ-8M, se calcula que se fabricaron cerca de un millón de unidades. Este fusil fiable, sencillo, de calibre pequeño y cerrojo deslizante, diseñado para munición de percusión anular de 5,6 × 16 milímetros, prestó un valioso servicio no solo a deportistas, sino también a cazadores. Escribo sobre él con cariño, ya que mi pasión por el tiro con fusil y mi aprendizaje como francotiradora comenzaron con el TOZ-8.

Las instrucciones para el manejo de armas de fuego son muy precisas. Kushenko podría haber empezado explicándomelas. Sin embargo, no lo hizo. Simplemente, me entregó el fusil y me dijo:

—¡Familiarízate con él!

Sinceramente, siempre había pensado que las armas de fuego eran mucho más pesadas y difíciles de sostener con las manos. Pero aquel fusil no pesaba más de 3,5 kilos. Dada mi experiencia con algunas piezas de difícil introducción en el torno para su procesamiento, no me supuso ningún esfuerzo levantar el arma. El frío metal del cañón y de la caja de mecanismos también me resultó agradable. La curva descendente trazada por la manija del cerrojo indicaba que los diseñadores habían tenido en cuenta la comodidad de la persona que debía utilizar el arma.

Para empezar, Fiódor me sugirió que comprobara la «flexibilidad del fusil» para ver si era adecuado para mí. En su opinión, todo parecía en orden. La cantonera de la culata encajaba con firmeza en la cavidad de mi hombro. Con la mano derecha pude agarrar a mi aire la empuñadura. Aunque tengo los dedos largos, coloqué cómodamente el índice sobre el disparador, a la altura de la unión de la primera y la segunda falange. Ya solo quedaba inclinar la cabeza a la derecha, apretar la mejilla en el lomo de la culata y dirigir hacia las

mirillas la vista de mi ojo derecho abierto. El riel de mira estaba justo en medio de la muesca y se podía ver en toda su longitud.

—Ahora puedes disparar —dijo Fiódor.

—¿Y los cartuchos?

—Un momento.

El instructor me agarró el fusil, lo cargó y apuntó a una diana. Sonó un ruido fuerte, como una vara golpeando una lámina metálica. Me sobresalté. Kushenko sonrió.

—Eso es porque no estás acostumbrada. Inténtalo. Puedes hacerlo.

El arma volvió a mis manos. Imitando meticulosamente todos los movimientos implicados en la colocación del arma, hice mi primer disparo. El *Melkashka* (así llamábamos al TOZ-8) no tenía un retroceso potente. Además, siguiendo el consejo de Fiódor, lo había presionado firmemente contra mi hombro para no experimentar ninguna sensación molesta. Kushenko me dejó hacer tres disparos más y fue a examinar la diana. Con la hoja de papel impresa con círculos negros, volvió a la línea de tiro, donde le estaba esperando, no sin cierto nerviosismo. Me miró fijamente y me dijo:

—Para ser una principiante, es simplemente increíble. Está claro que tienes aptitudes.

—¿No innatas, seguramente? —Por algún motivo, no pude evitar bromear.

—Sin duda, lo son. —Mi primer entrenador hablaba con franqueza. Nunca había visto a Fiódor Kushenko tan serio.

Nuestro círculo de tiro organizaba sesiones una vez a la semana, los sábados. Empezamos estudiando con detalle el mecanismo de un fusil de calibre pequeño, desmontando y montando el bloque de la culata y adoptando la costumbre de cuidar el arma concienzudamente, limpiándola y engrasándola. Las clases se daban en la sala de la pizarra, donde nos enseñaban nociones básicas de balística. Me sorprendió saber que una bala no vuela directamente hacia su objetivo, sino que, debido a la fuerza de la gravedad y a la resistencia del aire, describe un arco y, simultáneamente, gira sobre sí misma.

También recibimos clases de historia de las armas de fuego. Comenzamos por el siglo xv, con las pistolas de llave de mecha, cuando

los avances técnicos permitieron, por primera vez, aprovechar las cualidades propulsoras de la pólvora. Después se impuso el uso extendido de las armas de llave de chispa, a las que siguieron los mecanismos de llave de percusión. El cambio realmente revolucionario se produjo a finales del siglo XIX con la llegada de los fusiles provistos de cargadores, surcos en el cañón y cerrojos deslizantes longitudinales, que permitían una carga rápida, mayor alcance y más precisión.

En mi opinión, las armas de fuego de mano son los artilugios más perfectos creados por la mente y la mano humanas. En su construcción siempre se ha hecho uso de las últimas innovaciones. Las soluciones tecnológicas necesarias para su manufactura se perfeccionaron rápidamente y se implementaron en unos procesos de producción de los que han salido millones de ejemplares. En el caso de los modelos de más éxito y mundialmente reconocidos, el talento aportado por la ingeniería ha culminado en la creación de formas ideales y perfectas. A su manera, las armas de fuego son, simplemente, bellas. Son agradables de empuñar y cómodas de utilizar. Se han ganado el amor de la gente que las ha llevado consigo en guerras de increíble brutalidad. Algunas de ellas (como el fusil Mosin Tres Líneas, el subfusil Shpaguin, la metralleta ligera Degtiariov y la pistola Tula-Tokarev) se han erigido en símbolos de toda una época.

Pero lo que gustaba a mis amigos era, sobre todo, disparar. Practicábamos en el campo de tiro sobre dianas y en distintas posiciones: de pie, cuerpo a tierra, en posición sentada, con la rodilla en el suelo y apuntando con la ayuda de una correa bajo el brazo izquierdo. El *Melkashka* solamente tenía una mira trasera abierta con anillo móvil y, en la punta del cañón, una mira frontal cilíndrica con base extendida. Pero, a pesar de su sencillez constructiva, el arma nos ayudó a desarrollar las técnicas de tiro básicas: apuntar rápidamente, apretar con suavidad el gatillo y sostener el fusil en la posición correcta, sin «dejarlo ir» a derecha o izquierda. Con una velocidad de salida de 320 metros por segundo, un disparo del TOZ-8 alcanzaba distancias de 120 a 180 metros, si bien este dato no tenía relevancia en un campo de tiro.

Con la llegada de la primavera empezamos a ir a disparar a un campo situado fuera de la ciudad y a entrenarnos para llegar al nivel

de la insignia de «Tirador de Voroshílov» de segundo grado. Ello incluía no solamente puntería, sino también la orientación en una zona determinada, el lanzamiento de granadas y el entrenamiento físico (carrera, salto, flexiones). Tras cumplir con éxito estas tareas, participamos en las competiciones de tiro municipales de la Osoaviajim.

Me gustaría puntualizar que nuestro círculo solamente era uno de los varios centenares de unidades existentes en la estructura de la Osoaviajim, la Unión de Sociedades para la Promoción de la Defensa, la Aviación y la Construcción Química. Esta organización de gran escala, voluntaria, pública, patriótica y militar fue creada en nuestro país en 1927 y desempeñó un papel muy importante en la formación de hombres y mujeres jóvenes para servir en el ejército. Sus filas alcanzaron los catorce millones de miembros, los cuales se entrenaban en las organizaciones principales de esta sociedad para adquirir destrezas militares especializadas, tanto para pilotos o paracaidistas como para fusileros, artilleros, camioneros y adiestradores caninos.

En los campeonatos de la Osoaviajim gané un diploma de honor que enmarqué y colgué en la pared de la habitación que compartíamos Valentina y yo. Ni mi hermana ni mis padres se tomaron en serio mi entusiasmo por el tiro. En casa se divertían bromeando sobre mi pasión por las armas. Yo era incapaz de explicarles qué era lo que me impulsaba a ir al campo de tiro o lo que me atraía de un objeto provisto de un cañón de metal, una culata de madera, una recámara, un gatillo o unas miras, y por qué era tan interesante controlar la trayectoria de una bala hasta su objetivo.

Autorizada por la Liga Comunista Juvenil, a finales de 1935 asistí a un curso para delineantes y copistas, que finalicé con un sobresaliente, y empecé a trabajar como delineante superior en el taller mecánico. Me gustaba ese trabajo. Por supuesto, no era lo mismo que el oficio de tornera, pero también exigía concentración y precisión. Los tornos se oían del otro lado de la pared, pero en nuestra oficina trabajábamos en silencio, entre mesas de dibujo y rollos de papel vegetal, comprobando planos y preparándolos para entregarlos a los trabajadores de producción. Las relaciones entre los miembros de mi equipo eran amistosas. Comprendían mi entusiasmo por el tiro.

Estoy muy agradecida a la fábrica Arsenal. En los cuatro años

que pasé entre sus muros obtuve dos titulaciones de especialista y me habitué al sistema de trabajo de una empresa militar regida por una disciplina semimilitar. Maduré y empecé a sentirme como una persona de verdad, capaz de responder de mis actos y de alcanzar mis metas. La organización de la Liga Comunista Juvenil en la fábrica también me ayudó a empezar una nueva etapa en mi vida: en la primavera de 1935 me dieron permiso para ir a la facultad preparatoria de obreros de la Universidad Estatal de Kiev. Durante un año estuve trabajando en el taller de tornos y estudiando por las tardes. Después, aprobé los exámenes y, en septiembre de 1936, me concedieron el carné de estudiante de la Facultad de Historia de la Universidad Estatal de Kiev. Así cumplí un sueño de infancia, aunque probablemente era la alumna mayor de la clase.